Un día de Iván Denisovich por Angel Ibáñez

HOMBRES DE FURGÓN DE COLA

Cruel, dura, implacable, así es la verdad desnuda de la gente que pasó de la larga noche. Y así es este libro (1) que desenmascara una falsedad que durante casi treinta años dio origen a miles de mártiros tiñó, apondió el único elemento incontrastable, el de la realidad: atroz realidad de los campos de trabajos forzados bajo la dictadura de Stalin.

Alexander Solzhenitsyn es el hombre que devuelve sentido por la ficción de los hechos, como nuestro epónimo Marcos Aná. Cuando al concluir la guerra se desmoronó y condenaron a Hitler, Stalin, pasó a un campo "especial" de trabajos forzados, tiene unos 37 años. Debería esperar a la muerte de aquí para salir diez años después y ser rehabilitado —en inocente, como tantos otros que murieron de los campos— y sólo deberá esperar más años que su novela-testimonio Un día en la vida de Iván Denisovich aparecierra en la revista *Novy Mir* en noviembre de 1962.

Alexander Tvardovsky, uno de los fácidos editores del renacimiento literario post-stalinismo, pasó el texto con austera precisión, señalando que es no "un relato conmovedor del período histórico inscrito especialmente por el año 1937, del período que tan amargos recuerdos despierta en los nuestro" y que el autor "ha sido sometido a castigos extraordinarios dentro del régimen de los campos de trabajos forzados. No ha propuesto resaltar la arbitraria brutalidad que se propuso como convencimiento de la destrucción de la ley ilegal soviética. Ha escogido para su narración un ángulo de la vida de un preso, desde que se inicia hasta que se acuesta. Describe este día de vida de un preso en un campo de trabajos forzados, en la enfermera un día como todo otro, pero de lleno de pena y amargura el corazón del lector, al ver de qué modo eran tratadas unas personas que eran así, eran sus ojos y sus corazones, como nosotros se nos aparecen en las páginas de este libro".

Y el autor —Ejército, marinero, prisionero— es el que habla de si mismo en el campo elige como protagonista a un hombre común, a Iván Denisovich Shukhov, al se ha conseguido a contar parecuenta un día de su vida que aunque para nosotros es un día de pávido, pero para él es algo excelentemente afortunado; si ha asumido la mayor ignominia y degradación que concebirse puede en clases y realidades, no por eso la lección del libro deja de afectar a una sociedad entera. En primer término porque la experiencia del hombre —Iván Denisovich fue la de muchísimos soviéticos, y el campo Mikhailovka, el prototipo de cientos de campos— tiene de ese testimonio (y de su utilización en tendencia: "Piensa que en los campos y edificios de ahora se guardan de manuscritos sobre la vida y el destierro, en los cárceles y en los campos de trabajos forzados, en los mismos años 1941 en adelante, y de un modo indirecto y como casual, nos dice nuestra historia de la vida en la Rusia Soviética, que hasta hoy escamotearía una literatura oficiosa y fraudulenta.

La fecha más antigua, que, a lo largo de los relatos en el penal, sirve para fijar la órbita del tiempo de la representación, es el año 1941 en que Iván Denisovich conoce "la historia última de su vida en carne viva y propia, es decir por lo que se ha sabido a partir del XX Congreso. Por ejemplo un pseudo se refiere a la muchacha detenida por el mismo Stalin, esto es, por la ley del terror, y sólo al comienzo de los años del terror. En 1938 el camarada de Kirov pretendía una violenta represión que consolida el poder en manos de Stalin. Ahora sabemos que fue él el directo instigador del homicidio. En los números año 1934 en la revista del Primer Congreso de Escritores, en una de sus estadísticas y proyecciones sobre el ritmo del realismo socialista para cantar la realidad del hombre soviético. Entre ellos no estaba Solzhenitsyn, ni muchacho y no era todavía escritor. Pero mientras en lujosas dachas los escritores soviéticos brindaban por el socialismo, donde se cantaban la grandeza, el optimismo, la felicidad, "el lema de Stalin" exaltaba al pastorcillo Stalin, su benéfico los trigales, esto muchacho estudiaba ciencia, se hacía joven, marchaba a la guerra y de ella a los campos de trabajos forzados. Y mientras tanto después de aquel Congreso, él ofrecería su lugar de la realidad, de que no es un pastorcillo ni su casa de veranjeo sobre el Mar Negro sino en la cárcel, en los pabellones, en la guerra, en el penal. Y es como si esta novedosa y auténtica tendencia literaria no lo es menos: un realismo seco, rígido, de pequeñas frases y adjetivos mínimos, sin tiques; un gusto por contar pequeñas acciones y tramas mínimas, sin moralidad, desde manifiesto en las discursos y por todos los juegos retóricos; dando por todos los seres humanos, entendidos en la verdad oficiosa, sin hipocresías ni desfiguraciones; nada de finalismos grandilocuentes. Con esto sólo se ya el diablo el libro, pero hay toda su tan palabrería: queda en cambio el hombre, el tanto de bien y de mal, con su última naturaleza humana y su mezquindad y su grandeza. Y sin embargo se atiene a la lección de los hechos.

El tema de Solzhenitsyn es tan de importancia para perder el tiempo hablando de literatura, pero su humilde protagonista Shukhov convive en el barracón miserable con todas las clases y convenciones que el autor ha elegido, casi distraídamente, para ofrecernos su cuadro. Y es como si el preso K-123, quien ataca Ivan el terrible y su amigo Kurbski:

—"Bombo y exageración. Demasiado arte ya no es arte. Como si le dieran un caramelo en lugar de pan. Y el sentido político de esta obra es de lo más indigno. Intenta justificar la tiranía. Es un insulto a la memoria de tres generaciones de inteligentes rusos.

—Pero, ¿qué otro modo de tratar el tema se hubiera usado?

—¡Ah! ¡Dejar pasar! No le llames genio. Llámale mala bestia un parásito, que ejecuta las órdenes de otro, como un perro. Un genio no se acomoda a las convenciones de los demás".

El apasionado K-123 se equivoca —los genios se han acomodado a todo desde que el mundo es mundo— pero en cuanto a Iván Denisovich de Solzhenitsyn quien está atrevetmiendo contra la grandilocuencia del arte oficiosa de la época stalinista, desentrañando en él su verdadera significación política que ya había sido subrayada por el Anónimo soviético (¿Qué es el realismo socialista?) a saber su tendencia neoclásica, la aplicación imperiosa de un canon estético ordenado y jerárquico, que, tal como lo devela la sociología del arte, corresponde al espíritu político del despotismo ilustrado que pone lo popular al servicio de la élites cortesanas.

Todo el libro abona esta toma de posición artística y humana. Por primera vez se rompen las tinieblas que cubían al arte soviético su característica pudibundez antirrealista, y aparecen las malas palabras, los giros groseros del habla, los formas corpes y la vida en lugares de la dicción popular. Claro está que sigue habiendo temas intocados: esos procesos de purga de estilo de K. cintura para abajo, y hay una sola referencia, muy de pasada y muy elíptica a la abstinencia sexual a que están condenados. El realismo socialista practicado por sólo con libreta matrimonial, como en Hollywood, y es desde esta los temas que más difícilmente se abriría paso en las letras del país. Desaparece el héroe positivo: los guardianes no actúan por los ideales del "glorioso partido", sino con la simple brutalidad derivada de su ignorancia, de su inserción en el engranaje policíaco, de sus necesidades económicas apremiantes que les llevan a extorsionar, a robar, a revender la comida, a quedarse con parte de los paquetes que envían los familiares, a cartaginar gratuitamente para justificarse ante los supiriores. Los penados mismos entran en el juego y no faltan los soplones, les que roban el mendrugo, los que hacen la denuncia: "¿Cuál es el peor enemigo de un penado? —se pregunta Shukhov, y contesta— El camarada que tiene a su lado. Si no estuviera el uno contra el otro, sería otra historia..." Y cuando los detienen a la intemperie porque al supervisor falta uno que podría haberse fugado, la reacción espontánea es en contra del que falta: "Shukhov y todos los presos echaban como locos. ¿Quién de creía ser aquel maldito marrano, aquel indecente bastardo?" Se cumple así uno de esos principios realistas: la influencia distorsionadora del medio que afecta a todas las personalidades que dentro de él funcionan.

El sustrato burocrático de la infernal máquina del penal se revela página a página. Porque este infierno no corresponde a la Edad Media ni tampoco en nuestra época y para nuestra época: sus demonios son simplemente burocratas atrapados dentro de una estructura que a través del expediente y el sometimiento jerárquico tritura al ser humano. "Tomaron nota de su expediente, que es lo que el propio trabajo, la jefe de brigada listo, que conoce a todos los presos, sus antecedentes, sus oficientes. De ellos vienen las raciones de comida. Si no es así, los presos tendrían que comerse las cosas de manera que parecen que se ha hecho".

El régimen es brutal, desde sus orígenes. "A Kilgas le había sentenciado a veinticinco años. En los buenos viejos tiempos la condena era siempre de diez años. Pero en 1949 empezaron a sentenciar a veinticinco años. Y cuando se cumplían veinte pulle pasarse diez años en el campo de trabajos forzados y otros diez con vida, que es lo mismo que treinta veinticinco años?". Pero, dos páginas más adelante se dirá: "Ocho años en un campo de trabajos especiales es otra historia. Nadie ha salido de ellos con vida". Además el régimen interno es implacable. "El lo conocía a veinte días de distancia y lo cumple, queda inutilizado para todo lo que le quede de vida. Se vuelve tuberculoso y ya no puede salir de los hospitales. Los enfermeros están quince días, pocos más tardaron en estar muertos y enterrados". El hospital no puede acoger más de dos enfermos por día, por imposición reglamentaria: el trabajo, al que otros hombres tienen permanar como una justificación de sus vidas vacías, se hace de noche a noche en las peores condiciones.

El libro puede dejar un sabor otro amargo, en Omsk, en el siglo XIX, donde estuvo por año otro escritor sobre quien Solzhenitsyn escribe: Dos convocador titulado: Recuerdos de la casa de los muertos. El lector no puede olvidar que ese escritor, Fiodor Pavlovich Dostoievski, fue condenado por participar en los amotinamientos estudiantiles contra el régimen del penal por dos años después su liberación en los términos más humillados, en los que corresponden a un esplinazo roto, a un sometimiento interior. "Majestad, esta vez no el sol que brilla, sobre los buenos y los malos. Había hecho hacer a millones de vuestros súbditos: así una vez más la providencia da un dosdichado enfermo que está dispuesto a sacrificar inmediatamente su vida por el Emperador, bienhechor de su pueblo".

Estos hombres de ahora son condenados por muy diversos motivos. Shukhov estaba condenado por haberse fugado dos alemanas y habérsele conocido como un soldado ruso. Otros están en una condición, pero también hay un capitán que fue condenado por un regalo que le hizo un extranjero, y otro condenado por su hijo de un kulak. (Tal, se encontró al que había sido mi sargento en el campo de concentración provisional de Kotlas. Le habían puesto una condena de diez años. Ma contó que el coronel y al comandante habían sido fusilados en 1937. A lo que se ve, no variaba mucho la cosa, porque uno fuera hijo de un kulak o de un proletario, y no cambiaba nada la condena (1).

Pero ellos ya no suplican como Dostoievski, quizás porque las súplicas son inútiles. "Los buenos de los campos "especiales" es que pueden decirse en ellos muchas cosas", reflexiona apaciblemente Shukhov, cuando oye gritar a uno de los penados: "¿Creeis que este viejo bastardo de los higotes, de Moscú, tendrá compasión de vosotros? No diría ni una sola palabra para salvar a su propio hermano, si le conviniera. Mucho menos hará por pobres diablos como vosotros".

Son hombres distintos los de este penal del siglo XX. Entre ellos, los que crecieron en otros los había en la "Casa de los Muertos", de Dostoievski, pero cuando uno de ellos, que es significativamente Alyoshin, interroga a Shukhov preguntándole por qué no reza, éste contesta: "Por que todos estamos condenados a penas a quien que envíamos a veces a la superioridad. O no llegan hasta los dirigentes del campo o nos las devuelven con la notas Rechazada". Hombres distintos, sobre los cuales no ha pasado en vano la educación del nuevo estado soviético, y es en base a los deslices de esa misma educación que pueden enjuiciar las realidades que se escondan tras de ella.

A través de los personajes de la novela —la familia de Shukhov, los historias de los presos sobre su vida anterior— echamos una ojeada vertiginosa a un submundo que una literatura mistificadora nos había escondido, un mundo nuevo, pero también artisticamente, que ayuel brillante que ofrecieron los escritores conformistas del presunto realismo socialista. El jefe de la brigada, Tyurin, cuenta que de muchacho se introdujo clandestinamente en un ferrocarril. "Había en el compartimento otros dos muchachos que tenían asientos reservados. Eran estudiantes de Leningrado que volvían a sus casas procedentes de un centro de estudios agrícolas. En las mesitas dispuestas frente a ellas tenían pan con mantequilla y toda clase de fiaculas. Habían dejado los abrigos en perchas y llevaban maletas con fundas. No tenían ni idea de lo que era en realidad la vida: sólo era cómodo para ellas... Charlamos, bromeamos y fumamos el ¡a juntos. No pregunté por qué coche procedía. Los dije la verdad. "¡Ay, muchachos! En el coche de donde vengo ya no podrían ir ustedes".

Los personajes de esta novela proceden de ese furgón de cola su humanidad, su entereza, su sentido oportunismo de la justicia, su virtud se mueven a chispazos entre el barro, y es en definitiva su realidad no desfigurada la que en ellos nos convierte y se hace de este libro —tiene razón Tvardovsky— una pequeña obra de arte.

(1) Alexander Solzhenitsyn: Un día en la vida de Iván Denisovich. Barcelona, editorial Seix Barral, 1963. 283 pp. (Trad. de Ismael Antich).